



CATEQUESIS 11

JOSUÉ Y EL DON DE LA TIERRA PROMETIDA





Propósito: Reflexionar sobre la tierra como un regalo gratuito de Dios a su pueblo y como signo de su libertad.

Ambientación: Preparar con anticipación un mapa con la distribución de las tribus en el territorio de Canaán.

Saludo: Antes de iniciar con este anuncio hagámonos las siguientes preguntas: ¿cómo ha obrado Dios en tu vida durante el tiempo transcurrido desde nuestro último encuentro? El diálogo se orienta de tal manera que se refiera a ese encuentro y a las gracias que el Señor ha concedido con ocasión de él.

Acogida – Signo e interacción:

Espacio a mi derecha

Duración máxima: diez minutos

Materiales: tantas sillas cuantos participantes haya, más una, organizadas en círculo

Preparación: Los participantes se sientan formando un círculo. El coordinador prevé que el espacio a su derecha se mantenga vacío. Luego le pide a un miembro del grupo que venga a sentarse en el espacio vacío; por ejemplo, "Me gustaría que Lili venga y se siente a mi derecha". Lili se mueve y ahora hay un espacio a la derecha de otro participante. El participante que está sentado junto al espacio vacío dice el nombre de otra persona diferente para que venga a sentarse a su lado derecho. Se sigue el movimiento hasta cuando todo el grupo se haya movido una vez o hasta cuando se vea que las posiciones iniciales fueron todas cambiadas. Entonces se les pide que entrevisten a su vecino de la derecha acerca de algunos aspectos de su vida que todavía no conoce.

Oración inicial

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Señor, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno: en el camino que hemos emprendido vemos que tu compromiso con el mundo que creaste es definitivo e insuperable. Hemos visto tu mano poderosa que defiende al pueblo que elegiste para revelar la grandeza de tu amor y de tu poder. Concédenos fidelidad a la alianza que siempre has querido tener con nosotros y concédenos seguir este proceso ayudándonos unos a otros en la caridad. Y te pedimos estas gracias en el nombre de Jesús, tu Hijo muy amado, quien vive y reina contigo, en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios, por los siglos de los siglos. Amén.





PRIMERA PARTE: LLAMADA

1. Anuncio: Dios está presente en todos nuestros caminos y acompaña todos nuestros empeños. El don de la tierra que el Señor hace a Israel refuerza la libertad de su pueblo en medio del mundo.

Iniciamos nuestro itinerario disponiéndonos a la escucha atenta de la Palabra de Dios escrita:

Josué 1,1-9

- ¿Qué es lo que más llama la atención del texto proclamado? ¿Cuáles son las extensiones de la tierra que Dios promete a Israel? Mirar en un mapa.
- ¿Cuál es la relación que Dios quiere establecer con Josué, su elegido?
- ¿Cuál es el papel de "la Ley" en la tarea que Dios encomienda a Josué? ¿Qué le ofrece la Ley a Josué?

2. La Enseñanza de los Apóstoles (Iglesia).

La promesa de la tierra.

El pueblo de Israel caminó durante cuarenta años alimentando siempre el deseo de ver cumplidas las promesas de Dios. La meta de su peregrinación por el desierto fue siempre la tierra que Dios había prometido a sus Padres desde antiguo (Gn 12,7; 17,8).

Abraham y los patriarcas vivieron en ella como extranjeros y en ese lugar tuvieron sus primeros encuentros con el Dios altísimo. La tierra se ligaba así a la presencia del Dios omnipotente,²⁵ que asistió y cuidó a sus elegidos desde el principio. La tierra de Canaán, ubicada entre Babilonia y Egipto, siempre fue vista por el pueblo como la posesión que Dios le tenía destinada y, por ser el lugar del encuentro íntimo y transformador con el Dios del cielo, se convirtió para ellos en el sitio ideal, en el país de cuyo suelo manaba "leche y miel". El recuerdo de la tierra, que nunca poseyeron como propia,²⁶ significaba para los padres la nostalgia del lugar donde todo comenzó...

Siglos más tarde, en la travesía encabezada por Moisés, el pueblo tuvo que aprender a ser peregrino. Y sus anhelos de tierra debían ser educados hasta depender completamente de su relación exclusiva con el Dios de la alianza. Con un poco de perspectiva se comprendió que el tiempo transcurrido en el desierto fue solo la etapa fundacional de su historia y que la realización de la promesa de una tierra estaba destinada para un pueblo que, purificado de sus rebeliones, conociendo mejor el don de Dios, pudiera ingresar a tomar posesión del regalo que EL SEÑOR les tenía destinado. En otras palabras, el pueblo tenía que comprender que no podía tener ninguna posesión más importante que su Dios (Dt 7,6) y de esa conciencia habría de depender su ingreso en la Tierra Prometida.

25 Cf. Gn 18; 25, 15ss; 21,3; 28,17ss; 32,3; 2 Re 5,17.

26 A excepción de la cueva de Macpelá que Abraham le compró a Efrón como tumba a Sara: cf. Gn 23





Muerte de Moisés, Josué empuña el estandarte.

Moisés muere al otro lado del Río Jordán, en el monte Nebo, sin alcanzar a entrar en la Tierra Prometida pero no sin antes contemplarla (Dt 34). Josué, hijo de Nun, joven ayudante de Moisés en más de una ocasión (Ex 17,8-16) y fiel discípulo suyo (Ex 24,13; 33,11), recibe por mandato de Dios y por mano de Moisés una investidura especial para liderar a su pueblo en el ingreso y toma de posesión de la Tierra Prometida (Dt 31,1-14). El mismo SEÑOR se encarga de confirmarle su misión: "Mientras vivas nadie podrá resistirte. Como estuve con Moisés, estaré contigo; no te dejaré ni te abandonaré. ¡Ánimo, sé valiente!, que tú repartirás a este pueblo la tierra que prometí con juramento a sus padres" (Jos 115-6).

De esta manera, Josué recibió la misión de Moisés y llegó a ser el héroe nacional que precedió a las tribus en la gran campaña de la conquista de la tierra de Canaán. Esta conquista no tuvo las características de las campañas militares modernas, ya que confió más bien la presencia de la mano de Dios que acompañaba al gran ejército (el pueblo entero de Israel) y sostenía a su elegido (Josué), enfrentado sus propias batallas para darle la tierra entera de Canaán a Israel como regalo.

La tierra, don del SEÑOR.

Toda la tierra le pertenece al SEÑOR. Él es su único propietario (Lev 25,23b). La tierra de Canaán será regalada a Israel, luego que el SEÑOR mismo la conquiste para ellos: "*Anda, pasa ese Jordán con todo este pueblo, en marcha hacia el país que voy a darles a los hijos de Israel. Les voy a dar toda la tierra en la que ustedes pongan la planta de sus pies, como le prometí a Moisés*" (Jos 1,2b-3).

El paso del Río Jordán, para entrar en la Tierra Prometida, fue algo prodigioso: "Los sacerdotes que llevaban el Arca de la Alianza caminaron delante de la gente. Y en cuanto... los pies de los sacerdotes que llevaban el arca tocaron la orilla de las aguas... las aguas que bajaban de arriba se detuvieron y formaron un solo bloque a gran distancia... mientras que las que bajaban hacia el mar de la Arabá, o mar de la Sal, se separaron por completo, y el pueblo pasó frente a Jericó. *Los sacerdotes que llevaban el Arca de la Alianza del SEÑOR se estuvieron a pie firme, en seco, en medio del Jordán, mientras que todo Israel pasaba en seco, hasta cuando toda la gente acabó de pasar el Jordán*" (Josué 3, 14b-17).

Con la mención de los sacerdotes que encabezaban la procesión llevando el arca²⁷ quedó claro que el protagonista de todo el acontecimiento, como cuando el paso del Mar Rojo (Ex 14), fue el SEÑOR Dios nuestro. El pueblo de Dios aprendió que Dios lo acompaña siempre, que su acción es lo único que salva, que Él no deja de cumplir sus promesas y que solo la fe en Él hace que la vida humana tenga sentido.

27 El arca de la alianza era un cofre precioso revestido en láminas de oro, que Dios había mandado hacer para conservar las tablas de piedra del Decálogo (cf. Ex 25,10-16). También se había conservado en ella una urna dorada con algo de maná (cf. Ex 16,32-34) y la vara de Aarón que "había brotado yemas, había florecido y había producido almendras" (Núm 17,23-26).





Una vez cruzado el Jordán, Josué comprendió que debe entrar a Jericó, la gran ciudad amurallada, y conquistarla. Pero, en lugar de estrategias militares, preparó una especie de liturgia solemne en torno a la ciudad durante siete días (Jos 6, 1-21). Los sacerdotes, llevando el arca y las trompetas en medio del pueblo, dieron vueltas a la ciudad. El séptimo día rodearon siete veces la ciudad y, la séptima vez tocaron el "Shofar".²⁸ Josué dio orden al pueblo de lanzar el grito de guerra y ocurrió el prodigio: *"Al escuchar el pueblo la voz de la trompeta, prorrumpió en gran clamor, y el muro se vino abajo. La gente escaló la ciudad, cada uno frente a sí, y se apoderaron de ella"* (Jos 6,20).

El único del que se dice que sacó la espada en toda la hazaña de esta conquista fue "el general de los ejércitos del Señor" (Jos 5,13-16), que santifica la tierra que Josué con su ejército pisan, y es símbolo de la asistencia perpetua del SEÑOR. Cada hazaña militar de Josué fue precedida por la asistencia y la confirmación de la presencia de Dios con él y porque depositaba su confianza solo en el SEÑOR tenía garantías de victoria sobre cualquier enemigo: *"No les temas, porque los he puesto en tus manos; ninguno de ellos te podrá resistir."*(Jos 10,8). De esta manera, el valor de Josué resultaba más de la confianza puesta en el SEÑOR que de sus propias habilidades para la milicia.

En estos acontecimientos también hay enseñanza abundante. El pueblo ciertamente aprendió que el SEÑOR es quien lucha las batallas de Israel y siempre se compromete en favor de su pueblo (Jos 10,42). Dios defiende a sus elegidos de los enemigos y va realizando todas las cosas conforme a sus planes de salvación. Dios tiene proyectos que desbordan nuestra humana comprensión y, aunque los realiza por su propio poder, en su misericordia ha querido incluir a los hombres que ha creado para que lo amen y lo sirvan. Al cumplir cada ser humano la misión encomendada, cuentan más la oración y la obediencia sagrada, que las muchas fuerzas y los recursos humanos.

La Tierra recibida como heredad y la Alianza renovada

La mano poderosa del SEÑOR les entregó a los israelitas buena parte de la tierra y ésta fue repartida por Josué y el sacerdote Eleazar entre las doce tribus de Israel (Jos 13 y ss.). La repartición por suertes indica la igualdad del don y la presencia del Señor que, como soberano absoluto, distribuye según su voluntad los territorios que su mano había conquistado. La única tribu que, por voluntad de Dios, se queda sin tierra material es la tribu de Leví, cuyos hijos deben servir al Señor en el sacerdocio y representar misteriosamente que la promesa de la tierra sigue abierta: "el Señor Dios de Israel es su heredad, como se lo había prometido" (Jos 13,14).

Pero si resulta claro que la fidelidad del Señor, que ha luchado por su pueblo y que ha cumplido con ellos todas sus promesas, ha sido la causa principal de sus logros, no se excluye de ninguna manera la responsabilidad humana. El pueblo, en consecuencia y por su parte, debe:

- I. Mantener firmemente la alianza de amistad y exclusividad que el Señor pactó con ellos (Jos 23,16).
- II. Escuchar y obedecer las leyes del Señor (Jos 8,31-34; 22,5; 23,6).

²⁸ El cuerno de carnero que invitaba a las solemnidades religiosas en el antiguo Israel.





- III. Amar, temer (es decir, respetar con amorosa reverencia) y servir siempre al Señor (Jos 24, 14).
- IV. Estar seguro de la asistencia del Señor que lo motiva a "esforzarse y ser valiente" (Jos 1,6-7).

Y en una famosa y solemne reunión de todas las tribus de Israel en Siquem tenida entre el 1220 y el 1200 a.C. (Jos 24, 1-28), la asamblea del pueblo entero reconoció formalmente todo lo que el Señor había hecho por y para ellos desde la época de los patriarcas (Gn 12, 6 y ss.; 33, 18-20; 35,2-4). Josué los confrontó con esa historia y los conminó a que, delante del Señor, tomaran una decisión definitiva, con plena conciencia y mayor seriedad. Las alternativas eran simples: en primer lugar, estaba, por supuesto, la entrega total y el servicio fiel al Señor; pero también estaba la posibilidad de retornar a los dioses de los egipcios, a los que muchos de ellos habían servido en el pasado; o incluso, el servicio de los dioses del país que habían conquistado (Jos 24,14-22). Entonces el pueblo respondió, a una sola voz: "Serviremos al Señor, porque Él es nuestro Dios" (Jos 24, 18b). Las doce tribus, como una sola nación, decidieron servir al SEÑOR. Y desde entonces, en adelante, aun viviendo en medio de los cananeos, ellos serían el pueblo que sirve al SEÑOR; y tanto su libertad como su permanencia en la tierra, que son la prerrogativa principal de esta alianza con el Señor, dependerán de la fidelidad con la que asuman sus compromisos.

SEGUNDA PARTE: RESPUESTA

1. La Palabra resuena - Trabajo personal.

Hoy vamos a acompañar a esos conquistadores de la Tierra Prometida que vieron con sus propios ojos el prodigio de Dios que los precede y acompaña en todo momento y que garantiza lo mismo a todos los creyentes, de todos los tiempos.

Repasemos en nuestro interior, como espectadores del acontecimiento, el paso del Jordán y la toma de Jericó: Jos 3, 14-17. Veamos cómo se detienen las aguas del río al contacto de los pies de los sacerdotes que llevan procesionalmente el Arca de la Alianza, signo de la presencia de Dios en medio de su pueblo, y tratemos de entender por qué ocurre eso. Y tratemos de ponernos en el corazón de uno de esos testigos: ¿Qué siente cuando se detienen las aguas y se hace un camino para que todo el pueblo pase cómodamente? ¿Qué entiende de Dios? ¿No es verdad que esta persona adquiere unas certezas sobre Dios y sobre la manera de ser y de actuar de Dios que nadie, ni, aunque le cortara la cabeza, le podría cambiar? Y tú que contemplas esta escena, ¿qué certezas sobre Dios adquieres hoy? Recuerda que puedes escribirlas, diseñarlas, etc.

Y si nos queda tiempo, atrevámonos también a ponernos ante la ciudad amurallada de Jericó y veamos con los ojos de nuestra alma (imaginando la escena), como si acudiéramos en primera fila, los acontecimientos de la toma de Jericó. Es el SEÑOR quien indica que hay que dar ese paso y los israelitas han entendido que Dios mismo va a realizar la conquista. Ellos, obedientes, rodean las murallas, marchando religiosamente alrededor de ellas, con el Arca de la Alianza. Al séptimo día, a una orden de Josué, sin disparar, tocan las trompetas, dan el grito de guerra y, sin desgaste militar, caen las murallas. ¿Cuáles serán los obstáculos que yo no he podido conquistar con mi esfuerzo pero que Dios sí puede derribar con su poder? ¿Se lo he pedido con fe?





La divina revelación muestra que Dios quiso manifestarse poco a poco. Sabemos que hay unas lecciones permanentes y unas lecciones para el momento de los que vivieron el acontecimiento. Preguntémosnos en oración por lo permanente: ¿Qué aprenden ellos de Dios, que nunca cambiará? ¿Qué aprendo yo de Dios?

2. La Palabra se comparte – Dialoguemos.

- El anuncio que hemos escuchado presenta a nuestros ojos y a nuestra fe nuevos aspectos de la Historia de Salvación. Dialoguemos:
- Con la tierra conquistada para heredad de todas las generaciones, el Pueblo de Dios adquiere una más plena libertad: ¿Por qué es importante la tierra para el Pueblo de Israel? ¿Cuál es la relación entre Dios y la tierra? ¿Qué significa para nosotros poseer la libertad verdadera?
- ¿Cuáles son las características de la vocación de Josué? ¿En qué se parece a la nuestra?
- ¿Cuál es el papel de Dios en la conquista de la tierra? ¿Por qué esto es importante para nuestra vida?

3. La Palabra la Iglesia - Confesión de Fe.

- La travesía de Israel por el desierto demostró al pueblo que el Señor es un Dios providente y misericordioso, que conoce las necesidades de su pueblo y lo asiste.
- El Señor suscita en medio de su pueblo a quienes deben conducirlo, en su Nombre y bajo su Autoridad.
- El recuerdo de los dones que Dios nos ha hecho y nos hace siempre es reconfortante y sirve para que nos mantengamos fielmente en su servicio.
- Dios sabe de qué estamos hechos, conoce nuestras limitaciones y sabe lo que más nos conviene. Tenemos que entregarnos a Él sin reservas y esperar todo de Él porque Él es un Padre bueno, justo y compasivo.
- Dios mostró que la victoria siempre es suya y que no necesita derramar ni una gota de sangre para llevar a cabo las conquistas más prodigiosas. Nosotros luchamos contra nuestras limitaciones y esclavitudes demasiado dependientes de nuestras propias fuerzas y de nuestras propias ideas. Solo Dios salva.

Lo confirma la Iglesia...

Pontificio Consejo Justicia y Paz: PARA UNA MEJOR DISTRIBUCIÓN DE LA TIERRA, EL RETO DE LA REFORMA AGRARIA (del 27 de noviembre de 1997), 24





La tierra es de Dios quien la ofrece a todos sus hijos.

El israelita tiene el derecho de propiedad de la tierra, que la ley protege de muchas formas. El Decálogo prescribe: «no codiciarás la casa de tu prójimo, su campo, su siervo o su sierva, su buey o su asno: nada que sea de tu prójimo» (Dt 5,21).

Se puede decir que el israelita se siente verdaderamente libre y plenamente israelita sólo cuando posee su parcela de tierra. Pero la tierra es de Dios, insiste el Antiguo Testamento, y Dios la ha dado en herencia a todos los hijos de Israel. Se debe por lo tanto repartir entre todas las tribus, clanes y familias. Y el hombre no es el verdadero dueño de su tierra, sino que es más bien un administrador. El dueño es Dios. Se lee en el Levítico: «La tierra no puede venderse para siempre, porque la tierra es mía, ya que vosotros sois para mí como forasteros y huéspedes» (25, 23).

En Egipto la tierra pertenecía al Faraón y los campesinos eran sus esclavos y de su propiedad. En Babilonia había una estructura feudal: el rey entregaba las tierras a cambio de servicios y de fidelidad. No hay nada parecido en Israel. La tierra es de Dios que la ofrece a todos sus hijos.

Del Catecismo de la Iglesia Católica:

1222. Finalmente, el Bautismo es prefigurado en el paso del Jordán, por el que el pueblo de Dios recibe el don de la tierra prometida a la descendencia de Abraham, imagen de la vida eterna. La promesa de esta herencia bienaventurada se cumple en la nueva Alianza.

4. Comunión y Misión - compromisos

Primero: Para llevar a la vida lo que hemos vivido hoy convendría revisar los dones que cada uno ha recibido de Dios. Y para hacerlo ordenadamente, elaborar tres listas, ¡solo con lo positivo!: la primera con lo que he recibido por mi creación misma, es decir por lo que soy como persona, imagen y semejanza de Dios; la segunda con los valores que me aportaron mi familia y el ambiente en el cual crecí; y la tercera con lo que me han dado los estudios que haya hecho. Y, entendiendo que todo me viene de Dios, dar gracias.

Segundo: Visitar a alguien que conozcamos y que se vea que desconoce que Dios está presente en su vida y otorgándole muchas bendiciones. Tratar de ayudarlo a enumerar cosas que, de todas maneras, sabe que tiene y que le dan dignidad y grandeza.

Oración Final

Para concluir nuestro encuentro, el catequista u otro miembro del grupo dirige al Padre una oración de acción de gracias por todos los beneficios recibidos: breve, espontánea y comunitaria (no es por favores personales, sino por la gracia que el grupo ha experimentado). Y terminamos diciendo: ¡Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo! Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

